

zapato.—De menos hizo Dios á Cañete.—El vivo se cayó muerto y el muerto partió á correr.—La Vieja.—El Barbero.

XI. *Salto atrás*, novela anónima.

XII. *La hija del Contador*, novela descriptiva y de costumbres antiguas. Inédita.

XIII. *Mi misión á Chile en 1879*. Inédita.

El Sr. Lavalle, á más de los diplomas de las Sociedades literarias de su país y de Chile ya citadas, posee los de Correspondiente extranjero de las Reales Academias españolas de la Lengua y de la Historia, y las siguientes condecoraciones con que ha sido honrado durante su carrera diplomática:

Cruz de Caballero de San Gregorio Magno, concedida por Pío IX. Cruz de Caballero de la Orden de Carlos III, por D<sup>a</sup> Isabel II. Cruz de Comendador de la Orden de N. S. Jesucristo, por el Rey D. Luis de Portugal. Gran Cruz de primera clase de la Orden de San Estanislao, por el Czar Alejandro II. Gran Cruz de la Rosa del Brasil, por el Emperador D. Pedro II.

Tales son, brevemente reseñados, los títulos que como estadista, como literato y como diplomático, tiene el Sr. D. José Antonio de Lavalle y Saavedra á la estimación y al respeto de sus conciudadanos, y también al respeto y á la estimación de cuantos se precien de saber honrar todo lo que es noble, todo lo que es grande por la inteligencia, por el saber y por el patriotismo.



EDUARDO DE LA BARRA.

Los biógrafos que me han precedido en la tarea de dar á conocer al Sr. D. Eduardo de la Barra, y muy especialmente los Sres. D. Pedro Pablo Figueroa y D. Leonardo Eliz, no me han dejado campo en que espiar, pues los estudios á ellos debidos contienen copiosos datos y atinadas apreciaciones sobre la vida y obras del publicista y poeta chileno; datos y apreciaciones que no podría mejorar nunca, ni aun siquiera revestir de interés, y de novedad en la forma. Mas no puedo resignarme á no incluir en esta galería al Sr. de la Ba-

rra, que tan justos títulos tiene adquiridos á la estimación y al respeto de sus conciudadanos, y de cuantos admiran el talento y rinden homenaje al saber y á las grandes virtudes.

Honra y prez de las letras chilenas, campeón esforzado del credo liberal, D. Eduardo de la Barra es uno de aquellos hombres que ofrecen en cada página del libro de su vida una enseñanza para propios y extraños. Por la entereza de su carácter, por la rectitud de sus acciones, por lo elevado de sus miras, puede presentarle como ejemplo á la juventud, y como testimonio elocuente de que en el seno de ese partido calumniado hasta la execración por sus enemigos, fulguran con brillo espléndido admirables caracteres para los cuales la virtud no es un mito; que hacen el bien por el bien; y que arrostran hasta el sacrificio, tratándose de cumplir leal y honradamente los dictados de su conciencia. Caracteres así son los que se necesitan en pueblos como los de la América Latina para asegurar definitivamente el imperio de la democracia y de la libertad.

El Sr. de la Barra ha puesto al servicio de la doctrina liberal, su inteligencia, su saber, su bienestar mismo, y es acreedor al reconocimiento de los que con sinceridad profesan esa doctrina, donde quiera que se encuentren.

D. Eduardo León de la Barra, nació en la ciudad de Santiago el día 9 de Febrero de 1839.

Sus padres, miembros distinguidos de la sociedad chilena, murieron antes de que él cumpliera nueve años

de edad; circunstancia que no es ocioso consignar, toda vez que por ella se viene en conocimiento de que desde niño tuvo que emprender la lucha por la vida, sin el escudo protector de los autores de sus días; por manera que lo que ha sido y es, débelo á sus propias inclinaciones, á su talento y á su amor al estudio.

En acreditados colegios británicos cursó en Valparaíso las materias de enseñanza mercantil, trasladándose después al Instituto Nacional, donde estudió matemáticas hasta graduarse de ingeniero, y algunos ramos de leyes.

No hacía mucho tiempo que había salido del Instituto, cuando (1859) desempeñó accidentalmente varias cátedras del mismo plantel, como las de literatura, geometría y otras, así como el cargo de inspector de las de historia y matemáticas; grande honra, sin duda, para un joven de veinte años, como lo era á la sazón. Por esos mismos días cooperó á organizar el *Círculo de amigos de las letras*, asociación importante á la que debe no escasos servicios la literatura chilena. Y cuando el mencionado *Círculo* promovió un certamen en ese mismo año (1859), para celebrar el aniversario de la independencia de la patria, el joven La Barra obtuvo con una inspirada Oda, el segundo premio. El primero lo alcanzó el renombrado poeta peruano Felipe Pardo y Aliaga.

Pocos meses después, en otro certamen, en homenaje al abate Molina, fué La Barra quien mereció el lauro, en competencia con esclarecidos autores.

Tales fueron los primeros triunfos del poeta que nos

ocupa. Los años en su curso le han ofrecido nuevas oportunidades para alcanzar otras glorias no menos brillantes, como tendremos ocasión de referir en este capítulo.

Desde 1860 hasta 1887, es decir, durante más de un cuarto de siglo, La Barra figuró dignamente en el periodismo liberal chileno, colaborando sin cesar y con el mayor desinterés en las publicaciones políticas y literarias, suscribiendo generalmente sus artículos con diversos pseudónimos; no porque haya rehusado jamás afrontar las iras de sus adversarios político-religiosos, sino porque es muy común proceder así en su país, en las lides de la prensa. En una carta íntima se encargó él mismo de explicar su conducta á este respecto. "He escrito mucho,—dice en dicha carta,—movido las más veces por la musa de la indignación que inspiró á Juvenal, y casi siempre he empleado el primer pseudónimo que me venía á la pluma; menos cuando el escrito envolvía alguna responsabilidad. Lo he hecho así, porque siempre he creído que una voz anónima se escucha sin prevención y por lo que vale en sí misma. Si es razonable, se la sigue, aun cuando venga de muy abajo; si es injusta, el prestigio de un nombre no seduce."

En 1864 publicó un volumen de *Poemas líricos*, y la edición se agotó en breve tiempo. En ese mismo año fué nombrado Jefe de Sección en el Ministerio de Hacienda; puesto en el que permaneció hasta 1872 distinguiéndose por su contracción al cumplimiento del deber y por su honradez acrisolada. Sus funciones oficia-

les no fueron un obstáculo para que ejerciese el profesorado en la Academia Militar.

La serie de artículos que en 1871 publicó en el *Ferrocarril* con el título de *Saludables advertencias á los verdaderos católicos*, causó sensación profunda. Ni podía ser de otro modo, pues en la metrópoli chilena los jesuitas tienen *raíces seculares* como dice el Sr. Eliz. Según este mismo biógrafo hay en las "Saludables advertencias" un enorme caudal de erudición, de vis cómica, de lógica triunfal, y de ironía acerba y abrumadora, al perseguir y acosar á los jesuitas en todos los terrenos que ellos mismos elegían batiéndose en retirada, hasta obligarlos á enmudecer. "En las *Saludables Advertencias*, agrega, la frase es larga, lenta en su desenvolvimiento, reposada, tranquila, severa, y cuajada de citas latinas. El arzobispo Valdivieso, por el estilo y el saber teológico, no podía convencerse de que bajo el pseudónimo de *Gesuit* no se ocultara un teólogo consumado: ninguno encontraba en su diócesis á quién culpar, y al fin llamó á su despacho, para interrogarlos á tres ilustres sacerdotes, monseñor Eyzaguirre, el canónigo Taforó y otro, creyéndolos autores de aquellos escritos."

Cuando se debatió con tanta amplitud como apasionamiento en Chile, la cuestión sobre cementerios laicos, el Sr. de La Barra publicó un estudio sobre la materia, ostentando erudición pasmosa.

*Francisco Bilbao* se intitula una de las obras que han dado mayor celebridad al Sr. de la Barra. Esa obra, que consta de cuatro volúmenes, es la refutación de un

libro del publicista D. Zorobabel Rodríguez, paladín esforzado del partido conservador chileno. Bilbao fué el ilustre filósofo que inició la revolución moral en Chile con sus magníficos libros "La Sociabilidad Chilena," "Los Boletines del espíritu," "El Evangelio americano," "La Ley de la Historia" y otros trabajos encaminados á la emancipación intelectual de sus compatriotas. Bilbao fué un verdadero apóstol: en el periódico, en el libro, en la tribuna, en donde quiera proclamó con noble valentía sus creencias. Se comprende por lo mismo, que el nombre de Bilbao sea execrado por los conservadores, y se comprende también que el Sr. de la Barra hubiese consagrado la más extensa de sus producciones á defender la memoria del gran filósofo que arrostró la persecución y el odio del clero y de sus adeptos, por manumitir á los esclavos del tradicionalismo religioso.

A acrecentar la fama que había adquirido con los trabajos que hemos mencionado, vino en 1875 la publicación que hizo de un opúsculo político intitulado *El Radicalismo chileno*, de grande trascendencia y de verdadera utilidad para su país.

No menos importantes servicios prestó el Sr. de la Barra á Chile, como Secretario de la "Exposición Internacional" en el mismo año de 1875, en cuyo puesto, dice el Sr. Figueroa, evidenció su extraordinario vigor y su constancia para el trabajo intelectual, á la vez que su espíritu práctico y organizador. Tal afirmación se halla suficientemente comprobada con los nueve tomos del Boletín de aquel certámen; con el "Congreso

de Agricultura" debido á su iniciativa y que fué el primero que se celebró en Sud-América, y con el establecimiento de la "Sociedad Nacional de Agricultura" de la que fué Director.

Y como si tan múltiples labores no fueran bastantes para agotar la actividad de un hombre,—tareas que duraron tres años,—el Sr. de la Barra dióse tiempo para concurrir á los dos certámenes poéticos acordados por el Directorio de la Exposición, alcanzando en ambos los premios más codiciados.

Llamado en 1876 al Instituto para que desempeñara nuevamente las cátedras de Historia literaria y Retórica, le cupo la honra insigne de reemplazar á D. Diego Barros Arana y á D. Miguel Luis Amunátegui, glorias legítimas de las letras hispano-americanas. De allí pasó á Valparaíso como Director del renombrado Liceo de esa ciudad, que es, después del Instituto Nacional y de la Universidad, el primer plantel de educación que existe en la República. Con ciento catorce alumnos abrió el Sr. de la Barra el curso de historia de la literatura, contándose entre esos alumnos á muchos de los que hoy figuran con brillo en el periodismo chileno.

En 1882 fué nombrado Encargado de Negocios en la República Oriental del Uruguay, y una vez terminada su misión diplomática, de la manera más satisfactoria, regresó á Valparaíso y volvió á las tareas del magisterio en el Liceo; tareas que desempeña hasta el presente, alejado de la política y de la prensa.

Parecía que el Sr. de la Barra se había condenado á voluntario mutismo cuando, con gran contentamiento

de los que estiman en todo su valor las facultades poéticas que posee, viósele concurrir al certamen que D. Federico Varela abrió el 21 de Mayo de 1887 para celebrar el aniversario del combate naval de Iquique. En ese certamen, — como si el Sr. de la Barra estuviese predestinado á alcanzar siempre en tan gloriosas lides el laurel del triunfo, — obtuvo *cuatro premios*: dos por sus colecciones de *Poesías líricas*, del género subjetivo, uno por sus *Fábulas Originales*, y el último por su tratado de *Métrica Castellana*.

Que el jurado respectivo procedió con acierto, lo demuestra el hecho de haberse agotado las ediciones de las obras laureadas.

Un crítico español, el Sr. Barrantes, estudiando esas poesías dice entre otras cosas:

“Siguen las poesías líricas, en que hay mucho de todo, como el lector adivinará fácilmente recordando su extraordinario número, aunque esto no habla con el primer premio, D. Eduardo de la Barra, *cuyas imitaciones de Becquer pueden ponerse al lado del modelo, que es el mayor elogio que de ellas puede hacerse, dada la elección del tema*. Por cierto que el jurado tan inmerecidamente benévolo con los épicos, no entona al Sr. de la Barra el ditirambo que merecía, máxime habiendo ocurrido la singular coincidencia de proponer también esta vez la división del premio entre dos autores y resultar ambos una misma persona, que á mayor abundamiento iba asimismo á resultar autor premiado de otras dos obras más, y de carácter muy distinto, una de ellas en prosa. Tal debe ser la fecundidad del Sr. de la Ba-

rra, de que le aconsejamos no haga alardes excesivos. Únicamente así se comprende la resolución del jurado, si creyó peligrosa tanta fecundidad. Causanos aguda pena que el espacio de que ya disponemos nos impida copiar *todas las lindísimas baladas que en estas dos colecciones verdaderamente nos enamoran*, así para satisfacer nuestro deseo de alabanza y estímulo á los poetas americanos, como para completar en nuestros lectores el conocimiento de *uno de los más inspirados, correctos y sentimentales*, que esta colección encierra.”

Difícilmente podría loarse de manera más cumplida á un autor, que lo que lo ha hecho el distinguido académico español. Y á fe que se necesita ser un verdadero poeta para elevarse á las regiones de la inspiración cuando no solamente se señala un tema, sino se prescribe que se siga á determinado autor ó modelo.

Imitar á Becquer! Esta sola condición habría retraído á cualquiera otro que no fuese el Sr. de la Barra. Imitar á un imitador que ha sido, — digámoslo sin ambages, — causa inconsciente de la mayor inundación de copleros de que existe memoria, fué una heroicidad en el bardo chileno. Las *becquerianas*, como llaman hoy á las composiciones breves calcadas sobre las del poeta español, se han multiplicado de tan asombrosa manera, que comparten con los pianos y con los microbios la triste celebridad de toda plaga inevitable.

No gozó el laureado vate la satisfacción tranquila de su triunfo. Este irritó á los jóvenes que no se conforman con ser vencidos, y fué objeto de acerbos diatribas. Entonces él los castigó con la publicación de la siguiente fábula que intituló: *El arco de Ulises*:

“Vagaba Ulises por los anchos mares,  
de Itaca lejos; su palacio en ruinas  
en poder de los príncipes yacía  
que asedian á Penélope.

“Ruedan sus copas en la alegre fiesta,  
corren sus vinos, sus aromas arden;  
sólo la reina, de constancia ejemplo,  
con alma grande espera.

“Pálido llega hasta el festín perenne  
un anciano mendigo; ellos le arrojan  
la ración de los perros, y él les canta  
una canción homérica.

“Penélope lo escucha estremecida,  
y el grande arco de Ulises á los mozos  
radiante aporta, y ruégales que muestren  
su juvenil pujanza.

“Que del nervudo brazo hagan alarde  
doblando el arco del ausente griego,  
y al que entesarlo varonil consiga  
mano y trono promete.

“Uno en pos de otro, pero en vano, ensayan,  
que el arco de Odiseo fuerte roble  
resistente á las brisas, invencible  
cruje, más no se dobla.

“Lo ensayan y lo dejan: cabizbajos  
algunos se retiran, otros rien;  
y con desdén fingido el más osado  
arco y flechas da al suelo.

“El manto suelta al punto, y vigoroso,  
atlético el anciano el arco toma,  
y el arco gime al conocer su mano,  
y dócil se le allana.

“Atónitos lo ven los pretendientes  
erguirse como un dios, y huyen medrosos  
de sus flechas vibrantes perseguidos,  
y al héroe reconocen.

“Penélope á sus brazos vencedores  
vuela, y Ulises á la digna esposa  
besa, y la dice: “Que mi beso borre  
la dolorosa ausencia.”

“Y ella responde: “¡Que á tu lado corran  
leves los años! ¡Como sol radiante  
tus flechas dispersaron á los mozos,  
tus ojos, mis pesares.”

.....

“Musa del alma, tras de larga ausencia  
vuelvo á tus brazos á reinar contigo.....  
¿Quién me lo impide? ¡y en mis propios lares!  
¡Pásame el arco al punto!

En elogio de las poesías del Sr. de la Barra se ha escrito mucho, y atestaríamos de citas el presente capítulo si pretendiéramos reproducir, siquiera fuese en parte, los juicios de literatos de reconocida competencia. Bástenos, por lo tanto, copiar la felicitación que le dirigió el primer poeta chileno, D. Guillermo Matta, de quien tratamos ya:

“Inútil será repetir en elogio de su precioso volumen de poesías, que ostenta las cualidades de su autor: belleza en la forma, y viril gracia en el fondo. Más de una de esas poesías podría compararse á una copa cincelada por un artista genial y diestro en sorprender con

obras maestras. Reciba, pues, mis calurosas felicitaciones de amigo y de admirador."

Como fabulista, es digno de todo encomio, y duele-me no tener á la vista en estos momentos la colección por él publicada y con la que alcanzó, como dicho queda, uno de los premios del Certamen Valera en 1887. He leído con delectación esas *Fábulas*, y me holgaría de poder engalanar estas páginas con algunas de las más notables y de las que más profundo pensamiento encierran.

No he tenido ocasión de conocer los *Elementos de Métrica Castellana* del Sr. de la Barra, publicados en 1887, que merecieron un premio. De esa obra dice el Sr. Eliz: "Contiene su sistema gráfico del ritmo que es muy ingenioso, y un adelanto no sólo para la métrica nuestra, sino también para todas las métricas neolatinas."

Como complemento del libro de que acabo de hablar, publicó el Sr. de la Barra, en Agosto de 1889, un extenso trabajo intitulado *Estudios sobre versificación castellana*. Están divididos en seis capítulos, y un apéndice en que se da la explicación del *Tablero Rítmico*, nuevo aparato escolar inventado por el poeta chileno para enseñar, de una manera objetiva, la estructura de los versos castellanos y las leyes del ritmo, conforme á un sistema gráfico.

Dedicados á la Real Academia Española de la Lengua, esos Estudios, por su autor que es miembro correspondiente de la misma docta Corporación, debe haber pasado seguramente al examen de personas sabias,

y absténgome de anticipar mis apreciaciones. Empero, diré, para que el lector se forme idea de la importancia de los *Estudios*, que en éstos, con claridad propia de las obras didácticas, el Sr. de la Barra expone teorías propias sobre la sílaba como base del metro, sobre la cláusula rítmica y sobre los ritmos. En seguida trata de las propiedades de la pausa y de su división según Bello, señalándoles una nueva propiedad; de la cesura cuando separa dos hemistiquios, cuando ocurre en diversos lugares del endecasílabo, y cuando divide el sáfico y el alejandrino.

El capítulo segundo está dedicado á los versos compuestos; en el tercero analiza una opinión del insigne venezolano D. Andrés Bello, para demostrar el error en que incurrió al examinar unos versos antiguos, y su vuelta á la teoría de las compensaciones, presentando una verdadera y fácil explicación de esos versos, que sirve de ejercicio y comprobación de la teoría de los *versos compuestos*.

Ocúpase más adelante de los acentos secundarios de la versificación, exponiendo la influencia del ritmo en los acentos secundarios de ciertas palabras polisilábicas, impugnando la opinión de Matus, haciendo ver que los finales esdrújulos si los hay ganan una sílaba como los agudos; rebatiendo la opinión de Matus y Gero-vich y marcando la acentuación de los enclíticos.

No menos dignos de anotarse son los otros asuntos estudiados por el Sr. de la Barra, con relación á los monosílabos, á que la pausa métrica no siempre favorece el hiato ni impide la sinalefa, y la refutación que

hace de las ideas de Arnaldo Márquez sobre la manera de leer los versos.

Muy interesante es también el sexto capítulo, destinado á estudiar el arte métrica en las lenguas romances.

Como la juventud estudiosa puede sacar gran provecho del conocimiento de los *Estudios* del Sr. de la Barra, no me ha parecido ocioso dar de ellos sumaria idea en las líneas que preceden.

Las materias más arduas y disímolas son tratadas por el publicista chileno con igual maestría, con el mismo acopio de erudición. Díganlo si no los artículos que en 1887 publicó en el *Mercurio* sobre bacteriología y el cólera morbus, despertando la atención pública. He aquí lo que á este respecto refiere uno de sus biógrafos: "Aparecieron bajo el pseudónimo de *Dr. Nobody* y vieron la luz en los momentos de más ansiedad y expectación, cuando el cólera nos invadió por primera vez sorprendiéndonos desprevenidos. Estaban hechos con tal maestría y tino, y con tan notorio caudal de ciencia moderna, que los médicos mismos creyeron que eran debidos á algún notable colega. ¡Tal confianza inspiraron aquellos artículos, que hubo personas que buscaban como á un salvador al *Dr. Nobody!* Las doctrinas que expuso el Sr. de la Barra, sobre el tratamiento del cólera morbo fueron las más modernas y salvadoras, mientras que la generalidad de los doctores titulados daba á conocer, con enmarañado tecnicismo, sólo conocimientos rutinarios, y, por tanto, ineficaces. El respetable médico francés, Dr. E. Bobillier, al saber que el

Sr. de la Barra era el verdadero autor de esos artículos, le dirigió una conceptuosa carta que corrobora lo que decimos, y en la cual se dice, entre otras cosas: "De todo lo escrito en estos días sobre este palpitante tema, lo mejor es lo del *Dr. Nobody*, que acabo de leer. En este trabajo todo es admirable; el orden, la claridad, la concisión y sobriedad del lenguaje, la exactitud científica; y luce sobre todo el conjunto un criterio tan perfecto y sagaz, que al leer estas páginas estaba convencido de habérmelas con algún catedrático notabilísimo. Tiene vd., señor, como vulgarizador de la ciencia, el talento de Flammarión. Oigalo vd. de boca de una persona que á nadie sabe lisongear."

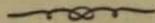
Entre las cualidades que como escritor posee, hay una que adorna á muy pocos: la de imprimir á cada una de sus producciones un estilo diverso, de donde resulta que á nadie como á él le es fácil desviar las miradas del público que se dirigen siempre, y más aún las de los críticos, hacia la personalidad del autor. Hay tal flexibilidad en su estilo que lo varía según los asuntos que trata, ó según su voluntad. Numerosos son los trabajos con que el Sr. de la Barra ha contribuído al crédito de la prensa de su patria, lo mismo en literatura que en ciencias, y en política, pues su fecundidad es asombrosa, y revela en cada uno de ellos talento superior é instrucción variada y profunda.

Hay, además, en el publicista y poeta chileno, tal suma de honrosísimas cualidades, que su personalidad se hace por extremo simpática para cuantos le conocen. En los puestos públicos se ha mostrado servidor

integérrimo; en la prensa hombre de fe y de principios inquebrantables, intransigente con el error y apóstol de las ideas democráticas en toda su pureza.

Es uno de aquellos repúblicos de que tanta necesidad tienen los pueblos latino-americanos, para demostrar al mundo que son dignos de la libertad que conquistaron con heroico brío.

Por su honradez, por su talento, por su ciencia, por sus servicios á la juventud en las arduas tareas del magisterio, el Sr. de la Barra, es un título de gloria y de legítimo orgullo para su patria.



ADOLFO P. CARRANZA.

**B**IEN merece el ilustrado Director de la "Revista Nacional" de Buenos Aires, el patriota iniciador de toda idea encaminada á perpetuar la memoria de los próceres argentinos para enseñanza y ejemplo de las nuevas generaciones, el coleccionador constante de obras hispano-americanas; bien merece, decimos, D. Adolfo P. Carranza, que coloquemos su nombre en este libro destinado á honrar á los que más se han distinguido en las nobles lides de la inteligencia en los pueblos americanos de habla española. Joven es, y su